

LA IZQUIERDA RADICAL EN MÉXICO

FABIO BARBOSA

I

Ninguneada por algunos analistas; ignorada por otros; vista acaso sólo como un fenómeno del pasado al que ya se le expidió su correspondiente certificado de defunción; o dedicándole apresuradamente apenas unas breves alusiones peyorativas por su “irracionalidad”, su ubicación estudiantil, su obstinación en enredarse en polémicas bizantinas sobre la vigencia de los viejos dogmas decimonónicos, etcétera, existe en nuestro país otra izquierda de la que nos ocuparemos: la izquierda radical, “grupuscular”, o, como algunos de ellos gustan llamarse, identificándose con sus similares de otras latitudes, *la new left*.

Desvertebrada y dispersa, renovando constantemente sus nombres, pero constituyendo, en su conjunto, un movimiento presente en la vida política del país desde los años sesenta es, como intentaremos mostrar, no sólo una colección de “membretes fantasmas”, como los llama el Comité Ejecutivo Nacional del SNTE, sino una vigorosa corriente socialista implantada en ciertas capas o estratos de la sociedad mexicana. En las líneas que siguen intentaremos seguir las raíces profundas que han echado en determinados ámbitos en los que las estructuras clientelísticas construidas por los dirigentes políticos, sindicales o campesinos, o los mecanismos “corporativos” en los que se sustenta el Estado mexicano, no han podido construirse o están en proceso de estructuración apenas, o son más débiles, o se han deteriorado.

Pensemos, por ejemplo, en los problemas creados por la migración de la población rural a unos pocos centros urbanos o industriales. Este flujo estuvo acompañado de ocupaciones legales o ilegales de terrenos convertidos en nuevos espacios ciudadanos; pronto, los asentamientos humanos así constituidos plantearon urgentes demandas. En primer lugar, la “regularización” de la posesión y, luego, los servicios. Así surgieron múltiples organismos de colonos cuya función se limitaba a la gestoría ante el gobierno. En los años setenta el problema se convirtió en explosivo: la masa de migrantes sumaba, al comenzar la década, 20 millones; se desencadenaron nuevos procesos de apropiación financiera del espacio urbano, arrojando inquilinos por la “con-

dominización” de sus viviendas, con el resultado de un incremento en el número de demandantes de “lotes”, presionando sobre los asentamientos “irregulares”. Todo esto agravado por la preeminencia en el gobierno de personeros de los intereses financieros, y de la industria de la construcción, impulsores de la política del *bulldozer*, de los incendios nocturnos de las precarias construcciones, de ataques de grupos paramilitares y de la creación de nuevos cuerpos represivos especializados en desalojos, como la “brigada de control de multitudes”. En resumen, un espacio en el que se tejía un cierto tipo de relaciones políticas —evidentemente muy cínicas, pero eficaces para el reclutamiento de las clientelas del sistema político mexicano— se ha ido angostando para los líderes oficialistas. Las organizaciones de “colonos” —peticionarias, gestadoras— devinieron en formaciones que cuanto más desvalida y riesgosa era la invasión o posesión, más fueron adquiriendo el perfil de grupos cerrados, de autoprotección, semiarmados, dispuestos incluso a resistir. Hizo su aparición un nuevo destacamento de las luchas sociales. La conexión entre la izquierda radical y este naciente movimiento era indefectible.

Sin esta convergencia son indescifrables los nuevos lenguajes que éstos hicieron suyos y las formas organizativas que adoptaron, especialmente ciertos experimentos colectivistas y cooperativistas ensayados, entre otros en la Comuna Roja, Tierra y Libertad, de Monterrey, la colonia Rubén Jaramillo, de Morelos, el Campamento 2 de Octubre en el Distrito Federal o la Francisco Villa, orgullosamente declarada “territorio libre de Chihuahua”. En ellas ha habido, o hay, funcionamiento regular de asambleas —en algunas declarada “máxima autoridad” del organismo—, prohibición de cantinas, pulquerías o prostíbulos; bolsas de trabajo y comedores colectivos para los desempleados; escuelas populares “Mao Tsé-tung”, como se llamaba la primaria de la “2 de Octubre”; diversas cooperativas de consumo y aun de producción y servicios; días de trabajo colectivo, llamados “domingos rojos” en la Tierra y Libertad de Monterrey, en la que ondeaban en su modestísima plaza banderas rojas que precisamente le valieron aquel calificativo. En fin, aspectos que impresionaron tanto al filósofo francés Henry Lefebvre que declaró a los reporteros de *unomásuno* que lo acompañaron en una visita a la “2 de Octubre”, que era “la única experiencia socialista auténtica” que conocía.¹ Sin duda también nuestros grupos socialistas han sobrevalorado estos esfuerzos. El Frente Popular Independiente presentaba a la Rubén Jaramillo (extendiendo la teoría del “socialismo en un solo país” a “socialismo en

¹ Citado por Sara Lovera y Carlos Duayhe en *unomásuno*, 6 de marzo de 1981.

una sola colonia”?) como un lugar en el cual se había logrado “el poder y la democracia del pueblo”.² En la que se llama Comuna Urbana Santo Domingo Iztapalapa, en el Distrito Federal, fundada en 1980 y actualmente con 500 familias en más de 20 mil metros cuadrados, se han establecido “normas que rigen la vida interna” de la misma en consonancia con sus objetivos: “cambiar la forma de vida egoísta, individualista, propia del capitalismo, por la forma de vida comunitaria y de solidaridad [...] cambiar el mundo viejo de la propiedad privada por el mundo nuevo de la propiedad colectiva”.³ No obstante la necesidad de ser cautos en la caracterización de estos proyectos, acaso modernas utopías, “arcadias miserables” como las llama Musacchio,⁴ creemos que algunas de sus prácticas constituyen ya contribuciones en el proceso de transformación de nuestras realidades. Por ejemplo, el artículo 11 de las mencionadas “normas” de la Comuna Santo Domingo dispone que, “como vivimos en una sociedad capitalista [...] se desarrolla el machismo [...] perjudicial para todos —en especial para las mujeres y los niños—, quienes quedan muchas veces sin seguridad [...] Por lo tanto, como una prevención real [...] surgida de la experiencia de nuestra organización, la escrituración está a nombre de las mujeres”.⁵

En el campo mexicano se verifica que cada vez que la tradición agrarista-populista pierde aliento irrumpen las expresiones violentas. Las vicisitudes de la articulación entre la clase política que gobierna este país y el campesinado, conducen a que cuando aquella cede a determinados intereses se abandonen las soluciones ejidales; tal vez no las mejores desde el punto de vista productivista, pero sí eficaces en el mantenimiento de la estabilidad política. Cualquiera que sea la interpretación del problema rural, sus expresiones políticas están a la vista: desarticulación del ejido y de las correspondientes estructuras clientelísticas inextricablemente ligadas a él. Es decir, un proceso similar al que intentábamos describir en el caso de los colonos, de dismantelamiento de las organizaciones integradas al sistema político construido desde los años veinte; proceso que deja a los tradicionales “gestores” o “mediadores” inermes ante la penetración, en el que era su coto, de la izquierda radical.

Por supuesto aquí también la preponderancia en las dependencias gubernamentales y en la determinación de sus políticas, de los agentes de las transnacionales, de los promotores de la “ganaderización” de la

² *Frente Popular*, núm. 7, diciembre de 1974-enero de 1975.

³ “Comuna Sto. Domingo Iztapalapa. 2o. aniversario. 1980-1982”, México, mimeo., 1982, p. 10.

⁴ *unomásuno*, 4 de marzo de 1981.

⁵ “Comuna...” p. 11.

agricultura o del avasallamiento de los cultivos tradicionales por los “comerciales” lleva aparejada la agudización de la violencia, ya sea contra las comunidades —sobre todo indígenas— que han incrementado sus denuncias de despojos e incluso de quemas de poblados enteros en Chiapas, Veracruz o Hidalgo, o contra los invasores, solicitantes de tierra. Reflejo de esas situaciones que se han presentado en algunos lugares son informaciones como la que hizo pública el especialista Arturo Warman: “cuando, en 1979, se extendió la amnistía a los campesinos encarcelados por su lucha agraria, fueron liberados cerca de *cuatro mil*”.⁶ Rojo Lugo, recién regresó a la gubernatura de Hidalgo, en respuesta al reclamo del Frente Nacional contra la Represión que le exigía la libertad de 150 presos políticos campesinos, declaró que “sólo” reconocía como tales a 87 que permanecían en prisión por “asesinato colectivo”, “disparo de arma de fuego”, etcétera.⁷ En una atmósfera así se comprende que no son las organizaciones de izquierda las promotoras de los métodos de lucha comunes en ese sector ni los autores del encendido tono de sus proclamas, producto de la dinámica real que ahí impera y a la que simplemente se adecuan. El propio Partido Comunista Mexicano (PCM), en los no lejanos días en que la participación parlamentaria no suavizaba su discurso, propagaba en su órgano *Oposición* la “necesidad de la autodefensa”,⁸ por lo menos en ciertos casos, como el ocurrido en el estado de Chiapas en 1976 en que cayeron asesinados varios peones y también “un hijo del terrateniente fue ajusticiado”.⁹ En este *Many Mexicos* en el que subsisten lugares en los que la represión es no sólo una esporádica “extralimitación” sino acaso un método para enfrentar agresivos solicitantes (o defensores) de tierras, se comprende que algunas nuevas organizaciones campesinas como la Unión Campesina Independiente (UCI), ramificada en Veracruz y Puebla, proclamen, según sus propagandistas, que han llegado a desarrollar “niveles complejos de organización interna estrechamente vinculados a la población, tales como la asistencia médica, la defensa militar, etcétera. Mecanismos ligados directamente a las necesidades de autodefensa ante el asedio sistemático del ejército y las guardias blancas” (Robles, 1981).

Más claramente que el movimiento de los posesionarios, el de los nuevos agraristas también exhibe una actitud que resumen en ciertas frases. El “campamento Tierra y Libertad (Organización Campesina Independiente de la Huasteca Potosina)” realizó una toma de tierras simultánea en Tule, Zacatecas; Aldama, Tamaulipas y en Santiago

⁶ *unomásuno*, 16 de febrero de 1981.

⁷ *unomásuno*, 17 de enero de 1981.

⁸ *Oposición*, núm. 123, 7 de febrero de 1976.

⁹ *Ibid.*

Huatusco, Veracruz. De este último lugar lanzaron un dramático llamamiento a la solidaridad: “Estamos sosteniendo la invasión, aquí existe la que se llama ‘columna volante’ [...] gente armada [...] son la fuerza represiva que desaloja a los campesinos que invaden tierras. Nosotros estamos dispuestos a enfrentarnos. ¡No nos moverán hasta obtener la solución favorable y completa a nuestras justas demandas! ¡Tierra o muerte!”¹⁰

Por supuesto el hábitat natural de los grupos de la izquierda radical, la gran matriz en la que se han gestado, fue y sigue siendo el movimiento estudiantil. Probablemente el vigor de la movilización obrera y sindical en los años recientes y la dispersión en la que se sumergió dicho movimiento ha llevado a la idea de su inexistencia. Pero ello no corresponde a la verdad. Fragmentado o desarticulado, este sector ha librado importantes batallas que virtualmente han desgajado del control oficial escuelas, facultades y aun universidades enteras, en las que se han establecido nuevas formas de gobierno, de manejo de los presupuestos e incluso de los contenidos de la educación. Es cierto que enfrascados en una feroz lucha por los “espacios de poder” conquistados, edulcorada como “lucha ideológica”, han reconstruido y luego parcialmente perdido un sistema nacional de casas de estudiantes en más de veinte entidades en medio de interminables polémicas, no siempre sólo verbales, entre los grupos dirigentes; pero han levantado un sistema, también nacional, de escuelas preparatorias, normales, secundarias y aun primarias populares. En constantes divisiones y subdivisiones de los grupos políticos, ha entrado en un proceso tal, que puesto en el horizonte de los últimos veinte años arroja el saldo de una virtual expulsión de la izquierda “posibilista” del movimiento estudiantil, incluso en aquellos lugares en donde ha copado los aparatos de dirección y se ha resignado al simple papel de administradora, acorralada, del presupuesto.

Históricamente la clase obrera mexicana había sido impermeable al discurso socialista, salvo, claro, las efímeras convergencias que siempre terminaron en prematuras confrontaciones con el Estado, que se encargó de despanzurrar a las impacientes direcciones transitoriamente montadas en alguna cresta del movimiento. Empero, la secular frustración empezó a revertirse en el repunte, otra vez, de los años setenta. Entre las distintas corrientes que éste tuvo en su dirección, una de las más dinámicas y que no ocultaba su euforia por encontrarse encabezando luchas de la antes desdeñosa clase obrera estuvieron espartaquistas, maoístas, frente-popular independientes y frente-popular revolucionarios que dirigieron una oleada de huelgas en secto-

¹⁰ *Frente Popular*, núm. 12, septiembre-octubre de 1975.

res recién formados del proletariado con ciertas condiciones más precarias distintas a las de los segmentos más antiguos o consolidados. Tal es el caso de las huelgas de Naucalpan; todas “rompiendo la legalidad burguesa” con tomas de fábricas, barricadas en las calles, desalojo de las guardias de huelga por la policía y recuperación violenta de las instalaciones o de sus puertas por los huelguistas, fortalecidos con contingentes solidarios de obreros y estudiantes. A lo largo de 1973, 1974 y 1975 estallaron estas luchas en Textil Lanera, Lido S. A. Texturizados, Industrias Fervi, Lafayette, Searle de México, Hermetick, Hilaturas Azteca, Cofisa, Panam, Duramil, Morganite del Caribe y otras muchas que intentaremos reseñar. Así comenzaron a surgir las primeras “coordinadoras”, como la Coordinadora Obrera de Naucalpan. Sin duda entusiasmados por su creciente implantación, los líderes del Frente Popular Independiente (FPI) decidieron postular al año siguiente, en las elecciones de 1976, a candidatos obreros independientes para diputados por el VII Distrito electoral del estado de México, que incluye el llamado parque industrial de Naucalpan.

Aunque todas aquellas huelgas fueron derrotadas y sobrevino un reflujo, por lo menos para la parte del movimiento encabezado por esta franja, otra vez vimos regresar aquellos métodos de lucha, aquellos contingentes iguales en su tenacidad, ahora con “plantones” ante la SEP, que sufren desalojos por la policía que los dispersa a veces kilómetros de distancia y nuevos reagrupamientos de los profesores que regresan en caravanas y vuelven a instalar campamentos mostrando una gran obstinación. Nos referimos a las movilizaciones de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), encabezadas en algunas secciones por los mismos grupos, o por otros, pero también inscritos en el mismo gran movimiento del que hablamos.

Impresionantemente la nueva izquierda ha logrado también algunos espacios en los grandes sindicatos del sector “consolidado” de la clase obrera. Así, los hemos visto conquistar los comités ejecutivos de las secciones fundamentales del sindicato minero y metalúrgico: la 67 de Fundidora de Monterrey por el grupo “Regeneración”, la 147 y 288 de Altos Hornos en Monclova por “Línea proletaria” y la 271 de la Siderúrgica Lázaro Cárdenas alternadamente por distintos grupos. La reciente crisis que vivió el sindicato de los telefonistas es ininteligible si se omite la actuación de la izquierda radical, influyente en ciertas capas del STRM desde el comienzo mismo del proceso democratizador en 1976. Y como lo sabe cualquier lector de la revista *Lux*, órgano del Sindicato Mexicano de Electricistas, también han conquistado varios puestos en el Comité Central y en otros cuerpos dirigentes de esta sexagenaria organización obrera.

En suma, un conjunto desarticulado y tal vez incoherente, pero no

por ello menos real, es el que constituye esta nueva izquierda a la que no se le debería regatear su contribución a las luchas que ha vivido el país y que desbrozaron el camino a la modernización que hoy despunta. Y si ellos también han aportado su cuota de esfuerzos y desvelos y han contribuido a darle a las luchas sociales su peculiar perfil, acaso también comparten responsabilidades en las desviaciones de los movimientos, ocasionadas por planteos voluntaristas o quizá por posiciones intransigentes que condujeron a enfrentamientos innecesarios que sólo reeditaron despidos, represalias y descabezamientos, así como reforzamientos de los lideratos tradicionales.

II

Los grupos que componen la izquierda radical son muy heterogéneos. De las páginas de su prensa surge una abirragada clasificación que ellos mismos han elaborado: “bolcheviques”, “maoístas”, “castristas”, “guevaristas”, “foquistas”, “espartaquistas”, “trotskistas”, “luxemburguistas”, “marcusianos”; o diversas combinaciones a que dan lugar los nombres anteriores: “trosko-guevaristas”, “foco-terroristas”, “anarco-locos”; o denominaciones que derivan del lugar privilegiado para su actividad: “obreristas”, divididos en “sindicalistas” y “consejistas”, “campesinistas”, “ecologistas”, “populistas”, etcétera.

Los hay que, recuperando los contenidos milenaristas del cristianismo, hablan de “la búsqueda de los caminos fundamentales para avanzar en la construcción del Reino, en el que la afirmación nacional no esconda el despojo del oprimido”;¹¹ o de que “el estudio del Evangelio conduce a la participación en luchas concretas”,¹² formulaciones cuya sinceridad nadie pone en duda porque quienes las hacen, grupos como el Equipo Pueblo o Acción Campesina, participan activamente en organismos de frente amplio como la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP), el Frente Popular de Zacatecas o el Frente Nacional Contra la Represión (FNCR). Hay quienes se pronuncian radicalmente contra toda manifestación de reformismo, como son las luchas sindicales por más salarios, o la misma organización sindical “que no cuestiona la explotación implícita en la venta de la fuerza de trabajo” y, “atacando la raíz misma de las nuevas formas de reproducción del sistema” difunden hojas

¹¹ *Tercer encuentro de organizaciones campesinas independientes*, México, Equipo Pueblo, 1980, p. 15.

¹² *Ibid.*

volantes con llamados a rebelarse globalmente contra “el anónimo aparato de poder que va adueñándose de la conciencia personal” y que amenaza con reducirnos a “meros instrumentos de una estúpida, ciega y cruel cadena de producción”.¹³ Tratándose de un ambiente intelectualizado, se comprenden los planteamientos de la Coordinación Libertaria de México que protesta contra el hecho de que la llamada educación “crítica” se limite a “puras invectivas contra el capitalismo, que las más de las veces sólo esconde una apología del nuevo orden socialista burocrático”; explicando que, por igual, los manicomios, los cuarteles, las cárceles y el sistema escolar aspiran —en general— a lo mismo: “a imbuir (por la buena o por la mala) en el ánimo del sujeto el respeto a las reglas y deberes fundamentales para la sociedad”. Critican que, a lo más, el “radicalismo” de los estudiantes llega a la conformación de una secta, o a su vinculación a un partido político “revolucionario”. Tales estudiantes “críticos”, trágicamente —arguyen— no saben nada de sí mismos, “no han escudriñado mínimamente en las estructuras de dominación que pesan sobre ellos, no han atisbado siquiera en la miseria de sus vidas cotidianas”, no ven, ni alcanzan a ver, lo que inmediatamente les afecta: su familia organizada patriarcalmente, las estructuras mentales religiosas que aún los aprisionan, o sus problemas sexuales. De ahí que los “libertarios”, es decir, los anarquistas, propongan a los estudiantes de uno de los más connotados centros de la educación “crítica”, el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, un “programa” para superar la “educación” del que transcribimos un trozo completo:

La cultura grecolatina tuvo gran importancia histórica, una gran influencia que aún perdura [...] La educación griega se fundaba en la danza y la música. En la plaza pública se enseñaba la elocuencia, se hacía gimnasia, se practicaba la lucha, era un lugar para todos. Presidían estas fiestas Dionisio y Apolo. Dionisio era el Dios del vino [...] se le veía plantando la viña y extrayendo el vino de sus racimos [...] la vida de Dionisio es una constante fiesta en la que le acompañaban las ninfas, los sátiros, los centauros, en fin toda una gama de seres semisalvajes que forman su cortejo [...] Al Dios Apolo se le identificó con el sol, se le representaba resplandeciente; en su calidad de Dios de la luz, era a la vez enemigo de las tinieblas, Dios de la salud [...] preserva de la corrupción y el vicio, Dios purificador y de la música [...] Estos eran los Dioses “hombres”, más terrenales que divinos, quienes apadrinaban las fiestas de la cultura y el placer. Vino y arte, vino y danza, vino y ciencia, vino y filosofía, fusión que nos habla de una de las más bellas expresiones del

13 Brigada “Kronsttat” [Volante] México, 1977.

saber humano, que ha perdurado por siglos, lugar donde nunca reinó la ortodoxia [...] todos participaban [...] festinando lo único festinable: el amor a la vida. al cuerpo, a las artes, saber con goce y goce de saber.

Unir a Dionisio y Apolo en la Universidad [es decir en la UNAM] es un imperativo necesario. Si los griegos lo hicieron ¿no podríamos hacerlo nosotros? ¿No podríamos convertir los CCH en centros de espontaneidad y espíritu festivo, donde el estudiante cante, baile, ría y aprenda? ¿Sería mucho pedirle a la historia oscura y negra “música maestro”? ¿sería mucho pedir un danzón dedicado a la lógica, un brindis matemático?, ¿sería mucho pedir una caricia en la anatomía de nuestras compañeras?, ¿sería mucho pedir un orgasmo en la física y en la química de nuestros cuerpos? ¿Sería mucho pedir que se conviertan las Universidades en centros de exultación permanente, donde el estudiante recuerde que fuera de ellas domina esa sociedad donde imperan el orden y la decencia institucional y burocrática, donde se encuentran los parajes desoladores de los ejes viales y del letal smog espiritual? ¿Sería mucho pedir? (Tocaven, 1979).

III

Pero, a pesar de sus simpáticos llamamientos, grupos como éstos son marginales. El núcleo esencial de la izquierda radical se define, aún hoy, por las posiciones que adoptan respecto a las enseñanzas de los “grandes maestros”. Tratándose de socialistas es comprensible la gran atracción que siguen ejerciendo las formulaciones de los partidos que llegaron al poder sobre los que apenas emprenden la acometida. Así, más numerosos y persistentes son los grupos que se identifican con los esquemas bolchevista, maoísta, cubanista, etcétera (los últimos, abundantes en los años sesenta, casi han desaparecido y no los tocaremos nosotros).

Un primer torrente de grupos “ortodoxos leninistas” irrumpe desde los ya lejanos días del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética defendiendo un alegato “antirrevisionista”. Su discurso gira en torno a los ejes del “partido leninista”. Partiendo de un modelo prestablecido comprueban su inexistencia y van a proponerse su construcción, usando como herramienta fundamental a *Izkra*, es decir al periódico que se concibe como el “agitador, educador y orga-

nizador colectivo". En las páginas de sus publicaciones se hará la defensa del proletariado como "fuerza principal" de la próxima revolución, la explicación del carácter socialista de ésta y la denuncia del menchevismo es decir de aquellos —en primer lugar el PCM— que incorporan a la "burguesía nacional" como participante en el proyecto que impulsan, cuyo carácter es de "liberación nacional". La reivindicación del papel protagónico de la clase obrera los conduce a una intransigencia con cualquier coqueteo "guerrillero" o "terrorista", así como con las desviaciones campesinistas. Sus formas organizativas son, o por lo menos se aspira a que lo sean, militarizadas —la célula con sus responsables ante el Comité Central o "Estado Mayor", la clandestinidad, la compartimentación, el uso de seudónimos, los hábitos conspirativos— como corresponde a los que preparan "el asedio a la fortaleza capitalista".

En esta vertiente inscribiríamos a grupos tales como los primeros "espartaquistas" del comienzo de los años sesenta, en especial a la Liga Leninista Espartaco, la Asociación Revolucionaria Espartaco del Proletariado Mexicano, el Movimiento Espartaquista Revolucionario de Monterrey, N. L., el Partido Comunista Mexicano (bolchevique), el partido Revolucionario del Proletariado y la que realizó el mayor esfuerzo por reagrupar a la mayoría de ellos, la Liga Comunista Espartaco (LCE).

La LCE, fracturada por el furioso vendaval del 68, logró subsistir, aunque muy precariamente, hasta bien entrado 1971, como puede verse leyendo sus infaltables llamamientos del 1o de mayo y los artículos de sus militantes en *Cuadernos Revolucionarios*.¹⁴ Mayor vigor mostraron algunos de sus fragmentos que, aunque ya no tuvieron interés en mantener el apellido "espartaquista" conservaron enteramente el núcleo de ideas leninistas que hemos apuntado. Es el caso del Seccional Flores Magón, que en 1973 se constituyó en la Organización Comunista "Cajeme", editora de *Política Proletaria*. Y del núcleo de sus afiliados de la Escuela de Agricultura en Chapingo, que también, ya en los años setenta, fundaron el Partido de la Clase Obrera Mexicana (PCOM), editor de *El Organizador Socialista*.

Sin relación con la LCE, también pertenecen a esta corriente leninista el grupo Lucha por la Organización Socialista del Proletariado, que publicó, tal vez pensando que se vivía una situación similar a la de comienzos del siglo en Rusia, *El Despertar Proletario* y el Partido Mexicano del Proletariado, de los primeros años de la década de los setenta, grupo de vida fugaz que antes de su evolución al luxemburguismo y antes de desaparecer dio a su órgano central el curioso y lar-

¹⁴ *Cuadernos Revolucionarios*, núm. 2, abril de 1971.

go nombre de *Socialismo obrero o ¿cómo hacer una nueva revolución en México?* La lista podría alargarse mucho, pero haremos gracia al lector de ella y simplemente señalaremos dos pequeñas variantes de este mismo gran tronco. Identificándose con agrupamientos similares de Sudamérica en el hincapié en la vía violenta (la necesaria preparación para ella) contra las ilusiones de “revoluciones pacíficas” o “tránsitos pacíficos al socialismo”, también se desarrollaron grupos que agregan a sus nombres las expresiones “izquierda revolucionaria”, entre ellos el Grupo de Izquierda Revolucionaria —como casi todos, de origen estudiantil pero luego con ramificaciones en el movimiento obrero y campesino— que retomó para su periódico el viejo nombre del de la LCE, *Espartaco*, que fue resultado de la fusión en 1976 del Grupo Síntesis y las brigadas Miguel Enríquez y Ricardo Flores Magón, el grupo Izquierda Revolucionaria Mexicana, con implantación en la zona obrera de Ecatepec, estado de México, en donde distribuyen *Voz rebelde* y, finalmente, a esta corriente se incorpora el que a sí mismo se llamó “movimiento enfermo”, es decir de afectados por “la enfermedad infantil del comunismo”. Cuando estos militantes iniciaron su “convalecencia” empezaron a editar *Rectificación*, que cedió su lugar a *Voz Proletaria* ya como órgano de la Comisión Organizadora del nuevo Partido Proletario, posteriormente Corriente Socialista. Aunque han sufrido desprendimientos, por lo menos algunos de éstos conservaron las mismas orientaciones bolchevistas y se han encaminado a Monclova y Monterrey difundiendo *Rumbo Proletario*, precisamente utilizándolo para la construcción del “verdadero partido proletario”, como dicen en sus páginas. Este mismo grupo tuvo la genial ocurrencia de titular a su órgano local de Sinaloa *Deslinde y Adelante!*.

Algunos de los partidos del agrupamiento anterior —los leninistas— podrían ser inscritos sin dificultad en una variante que podríamos llamar “obrerista”.

Reivindicando la pureza de la ortodoxia marxiana, en particular su teoría de la misión histórica de la clase obrera como enterradora del capitalismo y de la confrontación obreros-burguesía en el centro de todas las relaciones sociales y fuertemente estimulados por el ascenso que se inicia en los años setenta, que les confirmaba las “previsiones teóricas” sobre el paso de la estafeta a las “robustas manos revolucionarias” de los obreros, se dieron a la tarea de centrar sus esfuerzos, o redoblarlos, en este sector. Al comienzo de los años setenta los “Grupos de lucha obreros” empezaron a difundir *El Anticharro*. También muy respetuosos de las orientaciones que señalan la tarea de llevar la ideología proletaria a la clase obrera, pues ésta por sí sola no rebasa el “tradeunionismo”, el grupo editor de *El Mosquito Obrero*

se asignó la misión de “difundir la ideología de la clase proletaria que como el paludismo debilita y mata al hombre, ésta mine y destruya este sistema capitalista que nos explota, oprime y pisotea”.¹⁵ Empero, sólo pudieron mantenerla entre 1973 y 1974 y desaparecieron de la escena. Algunos conjuntaron recursos. La Organización Socialista Obrera y el grupo “Antonio Gramsci” coeditaron *Marcha Hacia el Socialismo*.

Antiguos militantes espartaquistas de Monterrey, ahora trabajando en el Frente Democrático Obrero Estudiantil, empezaron a publicar *Voz Proletaria* desde 1971. En Guadalajara, Jalisco, el Círculo Obrero Ricardo Flores Magón editó *Pensamiento Obrero* a partir de 1972 y, en esta misma ciudad, el Consejo Obrero Revolucionario inició la publicación de *El Marro*.

En general, conforme las luchas sindicales iban ocupando un lugar central no sólo surgían las publicaciones que señalamos por el papel protagónico que desempeñan en esta concepción y se formaban nuevos grupos con marcada orientación obrerista, sino incluso se produjeron disensiones o reagrupamientos en torno al trabajo sindical. El grupo editor de *Lucha Obrera Popular* acentuó sus divergencias con los que empezó a llamar “populistas” del FPI y se transformó en el Frente Popular Revolucionario con mucho más hincapié sindicalista. El grupo editor de *La Causa del Pueblo* —con marcado acento maoísta— viró hacia esta misma orientación y en un gesto singular acordó fusionar su publicación con *El Obrero Insurgente y Compañeros*, el órgano del Frente Auténtico del Trabajo; así, a partir de septiembre de 1973 empezó a difundirse *Trabajadores en Lucha*. Ligada al PSOM surgió *Antorcha Obrera*, “por la formación de la auténtica conciencia de clase”.

Otra rama de este frondoso árbol que examinamos está integrada por los grupos maoístas, de cuyas vicisitudes nos ocuparemos brevemente a continuación.

A partir de los años sesenta fluyeron de Pekín una serie de planteamientos que prendieron rápidamente entre los jóvenes estudiantes, estimulando su impaciencia e inflamando su ardor revolucionario: “la inevitabilidad de la guerra mundial”, “la imposibilidad de la vía pacífica al socialismo”, entre otros, en esos primeros años. En torno a ellos se nucleó el conjunto de grupos, partidos, uniones, etcétera que eran la expresión local del movimiento mundial “marxista-leninista”, apelativo que por lo general agregaron a sus nombres para destacar su posición principista contra los que, renunciando a la “dictadura del proletariado”, defendían las patrañas del “Estado de todo el pueblo”,

15 *El Mosquito Obrero*, México, publicación mensual sin director, núms. 1-6.

“el partido de todo el pueblo” y claudicaban en aras de la “coexistencia pacífica”. Paradójicamente, conforme los propios chinos se incorporaron al proceso de distensión se fue elevando el encono de la polémica, tanto contra los “revisionistas del Kremlin” y sus seguidores —los partidos comunistas prosoviéticos— como en el interior mismo de la corriente maoísta. En los años sesenta éstos llamaban a la integración de un bloque de “todas las gentes de buena voluntad” contra el imperialismo; de aquí pasaron a excluir del bloque de los potenciales aliados a los revisionistas, es decir a la URSS, de la que criticaban “el chauvinismo de gran nación”. Pero después de la muerte de Mao se trataba ya de la organización de tal bloque contra el “socialimperialismo”. En 1977 empezaron a difundir la “teoría de los tres mundos” de Teng Siao-ping —que estaba siendo reivindicado para iniciar su “tercer regreso”. Según esta teoría, presentada como “un gran avance creador del marxismo-leninismo”, el “tercer mundo”, en el que está incluida China, debía unirse al “segundo mundo” (los países europeos del Mercomún y Canadá) para luchar contra el “primer mundo”, es decir EUA y la URSS. De aquí se pasó a un análisis que dividía al primer mundo en los “dos imperialismos”: a) el yanqui, a la defensiva, en retirada del escenario y b) el “imperialismo soviético”, el más peligroso, pues su tardía llegada al reparto del mundo y a su división en esferas de influencia explican su agresividad y “sus métodos de rapiña y saqueo”. Así, Pekín culmina proponiendo que el tercer mundo, unido al segundo mundo, llame a EUA a la lucha contra el socialimperialismo soviético y sus aliados. Este deslizamiento se produjo combinado con la “liquidación” de la “banda de los cuatro” que, como es sabido, culminó sentando en el banquillo de los acusados al mismísimo ex presidente, contra el que se dijo que “la embarcación ha terminado en los escollos [...] a causa de los errores del timonel”.

Por la brevísima reseña se comprenderá por qué, paralelamente a los reacomodos en las cúpulas dirigentes chinas y a los cambios en su política internacional se produjeron agrias disputas internas entre los grupos “marxista-leninistas” de México. Hubo quienes se levantaron “de manera resuelta” en defensa de la “banda de los cuatro” cuya jefa, la viuda Jiang Quing estaba siendo juzgada por esos días en Pekín, entre otras cosas, por “su pasado tormentoso” como la Lang Ping (es decir la “sensual manzana azul”). Empezaron denunciando, alarmados, “los ataques a las grandes contribuciones de Mao Tsé-tung ha hecho al marxismo-leninismo, la ciencia revolucionaria de la clase obrera”, dirigieron luego sus dardos contra los responsables de “la política de la sonrisa” hacia EUA y terminaron diciendo que “una nueva burguesía contrarrevolucionaria había tomado el poder en

China Socialista”, “han derrocado la dictadura del proletariado [...] restaurando el capitalismo” y “han capitulado completamente ante el imperialismo”.¹⁶ Otros buscaron “el nuevo camino de la luz” en el Partido del Trabajo de Albania. “Poco después del golpe de estado contrarrevolucionario en China, el PTA atrajo a cierto número de verdaderos revolucionarios porque se oponía a ciertos aspectos, de entre los más grotescos de la camarilla de Teng Siao-ping y Hua Kuo-feng.”¹⁷ Por supuesto hubo grupos que se definieron en la polémica refrendando su confianza en “el gran partido chino” y se adecuaron (no sin pagar un alto costo de escisiones en cada uno de aquellos desplazamientos) a todas sus cambiantes direcciones. Otros más acusarían al PTA de haber “caído completamente en los bajos fondos del revisionismo” y no faltó quien acusara a Enver Hoxa incluso de “trotskista”, pues “ha tomado posiciones trotskistas clásicas en cierto número de cuestiones”, por ejemplo al decir de la dictadura imperante en la URSS es una “burocracia degenerada” y no una “burguesía”. Así, desgarrados entre partidarios de Mao Tsé-Tung, de Teng Siao-ping, de Hua Kuo-feng, albaneses, los que acusan a los albaneses de desviaciones trotskistas, etcétera, en pleno proceso demencial se han agarrado a garrotazos varias veces en el campus.¹⁸

Toda esta disputa es parte de la historia de los grupos que, como ya sabemos, no sería correcto ubicar simplemente como “maoístas”, como la Comisión Organizadora del Partido de la Clase Obrera, dirigida por los viejos militantes del PCM —hoy ya fallecidos— Camilo Chávez, Edelmiro Maldonado y Tereso González que llamaron a desconocer a la “dirección revisionista” electa en el XIV Congreso del PCM en los comienzos de la polémica chino-soviética. A lo largo de todos estos años han sido múltiples las organizaciones: las células Epifania de Jaramillo y Stalin que en 1963 abandonaron el PCM; el Comité Permanente de Lucha Contra el Revisionismo, el Partido Marxista-Leninista de México y el Movimiento Marxista Leninista de México, del que algunos de sus dirigentes constituyeron una importante fracción en el Consejo Nacional de Huelga de 1968 y crearon corrientes con influencia en escuelas del IPN.

El grupo proletario, el Linterna Roja, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil, organismo este último fundado por la

¹⁶ Quintana (1970); Partido del Trabajo de Albania (s.f.). También los artículos “La teoría de los tres mundos un gran avance creador del marxismo-leninismo” y “Hua Kuo-feng de rodillas ante Tito” (mimeo.).

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ “Sobre la violencia entre grupos maoístas discrepantes, una crónica de los enfrentamientos en torno al 10 de junio de 1976” en *Lucha Obrero Popular* núm. 9, junio de 1976.

dirección de la célula los “guardias rojos” de la LCE (inspirados en los protagonistas de la “gran revolución cultural proletaria” que por esos días estaban “bombardeando el cuartel general”) y a los que por nuestras veleidades se nos calificaba de “mao-terroristas”. En los años sesenta una franja muy amplia se encontraba bajo una influencia más o menos grande del maoísmo: la Unión Reivindicadora Obrera Campesina, el primer Partido Mexicano de los Trabajadores, prolongación del Frente Obrero Comunista de México, que naturalmente no tiene nada que ver con el actual PMT. Diversos grupos de la corriente espartaquista, la expulsión misma de José Revueltas de la LCE se debió a la publicación de unos artículos en *El Día* en los que el escritor tomaba posiciones sobre la referida polémica PCCh-PCUS.

El grupo Larga Marcha y la Liga Revolucionaria Marxista-Leninista, los grupos que en julio de 1971 realizaron un esfuerzo de unificación que quedó en “reunión consultiva de los grupos marxista-leninistas” y sólo pudo acordar un breve documento cuestionando la apertura democrática del presidente Echeverría. Otras fracciones de la LCE también constituyeron grupos “marxistas leninistas”: “Banderas Rojas”, “Servir al Pueblo”, etcétera, que mantuvieron lazos de continuidad con el Agrupamiento Pro-Unidad del Movimiento Marxista Leninista Mexicano y con los ya señalados Frente Popular Independiente y Frente Popular Revolucionario a los que les tocó librar la parte más aguda de la disputa, sobre todo en sus grupos estudiantiles, más proclives a los “debates ideológicos”, como los frentes de activistas: el Frente de Activistas de Economía en Lucha (FAEL), los de Arquitectura, Ciencias, Ciencias Políticas, etcétera. Más recientemente se constituyó el Movimiento Comunista Revolucionario, otro partido marxista leninista de México, así como el grupo Jóvenes Comunistas de México (marxistas-leninistas) que lanzaron en su periódico *Joven Guardia* la iniciativa, seguramente muy desairada, de declarar a 1979 “Año de Stalin”.

IV

Pero acaso todo este proceso y las controversias y rupturas que se le ajean, tan susceptible de prestarse a ironías, es secundario, porque, como ya señalamos y ahora repetimos destacándolo deliberadamente, es sólo parte de la historia de los grupúsculos y, además, por otras razones que podemos englobar en la frase: “porque las cosas cambian hay historia”. Los grupos reflexionan sobre su práctica; elaboran

autocríticas; rectifican parcial o totalmente sus discursos, o los adecuan a las nuevas realidades, ajustes que se aceleran en una etapa de luchas tan extensa y variada como la que estamos viviendo. Sería erróneo pensar que los militantes iban a quedarse anclados en las disputas que hemos apuntado; sería equivalente a concebir al movimiento comunista mexicano como un conjunto de personas ajenas a la lucha de clases, repetidoras de clichés o consignas extranjeras o dedicadas sólo a defender la política exterior de algún país socialista; esta idea, cuando se la ha querido utilizar para estudiar la historia de tal o cual partido, ha mostrado su incapacidad explicativa.

Entraremos a examinar el problema de un curso de adecuación que vivieron ciertos grupos que, arrancando del maoísmo o de una posición ecléctica que tomaba puntos bolcheviquistas y maoístas, los refundieron en un nuevo discurso, lo desarrollaron y algunos han realizado una superación en la práctica de aquellos orígenes. Volveremos aquí al problema que planteábamos al principio, es decir, el de la implantación de la izquierda radical en ciertos sectores y de las razones que explican estos éxitos.

Si el maoísmo es una corriente del pensamiento socialista influyente en el mundo es porque ha propuesto ciertas orientaciones muy sugerentes o ha dado ejemplos muy atractivos. Examinaremos a continuación una de estas enseñanzas y sus aplicaciones en México. En la crítica a la “dictadura burguesa de nuevo cuño” que se desarrolló en la URSS se fueron poniendo en el tapete de la discusión los temas de las contradicciones “partido-masas”, de la crítica a los “métodos burocráticos de dirección” y de “las soluciones correctas para resolver las contradicciones en el seno del pueblo” y la necesidad de “apelar a la iniciativa y entusiasmo de las masas”. Así nació la llamada “línea de masas”. Inicialmente orientada a corregir la tendencia existente en toda vanguardia, a distanciarse de las masas y sustituirlas en sus decisiones, fue expuesta probablemente por primera vez por el seccional “Ho Chi Minh”, ya en ruptura con la LCE en el curso del movimiento de 1968, como una teoría utilizable para resolver los problemas capitales que los grupúsculos habían venido debatiendo a lo largo de toda la década, problemas que habían sido permanentes quebraderos de cabeza y fuente inagotable de disputas y escisiones:

1) Cómo vincularse al movimiento de masas y qué relación mantener entre los organismos espontáneos y “el partido”. “La fusión del socialismo científico con el movimiento obrero espontáneo”, se decía en los años sesenta.

2) El problema del programa, es decir, del conocimiento y la caracterización de la realidad nacional y la propuesta de proyectos alternativos.

3) El problema de las formas organizativas de los comunistas adecuadas a las peculiaridades nacionales.

Encontraron que en una nueva lectura de los materiales de la revolución cultural y con el apoyo también de los textos anteriores de Mao estaban las claves para la solución de aquellas cuestiones. Mao decía en su célebre *Libro Rojo*: “Partir de las masas para regresar a las masas [...] recoger las ideas de las masas, concentrarlas y llevarlas de nuevo a las masas, para que éstas las apliquen firmemente, y llegar así a elaborar ideas justas para el trabajo de dirección.” Algunos de sus discípulos más aprovechados proclamaron que estos postulados constituían “el principio más importante del maoísmo”. Bajo esta inspiración surgieron ya en los años setenta, además del Ho Chi Minh los grupos Línea Popular, Política popular, el equipo editor de *Hoja Popular* y los ya mencionados *Servir al Pueblo* y *Causa del Pueblo*.

La práctica de la “línea de masas” condujo a unos sorprendentes resultados. Tendía a dejar de lado todo el bagaje conceptual característico de los marxistas y con el cual habían cortejado, con resultados hartos pobres, a las masas. Presentándose desprovistos de los clichés y con el solo propósito de “servir al pueblo”, partir de su nivel, no anteponiendo programas ni propaganda, eran fácilmente acogidos en las luchas y en los organismos que el movimiento mismo iba produciendo. Así empezaron a surgir los especímenes de una nueva colección, inicialmente curiosa mezcla de líderes y grupos “mao-populistas” o ya sólo “populistas” al frente de auténticos, vigorosos movimientos de masas en el contexto de la situación de ascenso, tantas veces ya mencionada, sin la cual este curso es indescifrable. Al fin, la asediada Julieta caía en brazos de Romeo, pero sólo hasta que éste abandonó el farragoso lenguaje tradicionalmente utilizado en el asedio.

La “línea de masas”, elevada a principio fundamental, tendía a privilegiar al movimiento de masas mismo sobre el partido. Invertir —o mejor, subvertir— las formas tradicionales de los leninistas (primero a construir el cerebro de la clase, la “cabeza del proletariado”, como decía Revueltas que incluso nos hablaba de una etapa “intrauterina”, antes de salir a la prueba de la práctica). Ello determinó que muchos dirigentes se abandonaran al movimiento, se entregaran por completo a sus nuevos papeles olvidándose de sus grupos, o también que el grupo, es decir “el partido” mismo, se diluyera en el organismo de masas que con frecuencia tomó el nombre, en los primeros años setenta, de frente popular... (Frente Popular Zacatecas, Frente Popular del Distrito Federal, Frente Popular “Tierra y Libertad”, Frente Democrático Obrero Estudiantil de Monterrey, etcétera) y actualmente de “coordinadora”, que resuelve también el problema de la pluralidad de los grupos actuantes: Coordinadora Obrera de Naucalpan, Coordi-

nadora de Sindicatos del Valle de Cuernavaca, Coordinadora Obrera de Ecatepec, Coordinadora Democrática Nacional de Telefonistas, Coordinadora Sindical Nacional, etcétera. El Ho Chi Minh, por ejemplo, realizando un paciente trabajo de organización campesina y popular en el estado de Morelos se refiere a sí mismo en sus documentos internos simplemente como “la organización” con minúsculas.¹⁹

La “línea de masas”, como hemos apuntado, también produjo un desplazamiento total, un giro de ciento ochenta grados en el tipo de las preocupaciones o de los temas que animaban la vida interna de los grupúsculos de los años sesenta: ahora el programa “nacional”, el estudio de la realidad como paso previo, imprescindible, de la práctica que evitaría “el espontaneísmo”, “el practicismo” o “los métodos artesanales” dotándonos del “instrumento científico” el cual orientaría la acción, dejaba de tener interés. En cambio, lo importante eran los “programas mínimos” los cuales fueron saliendo, en la mayor parte de los casos totalmente reducidos o constreñidos al estrecho ámbito en el que actuaba el frente o la coordinadora.

Es una historia inédita en la que se funden, como en un gran crisol, varias historias políticas personales y de pequeños grupos con experiencias paralelas y que con frecuencia se entrecruzan: el Ho Chi Minh, Política Popular, la Organización, la Cooperativa de Cine Marginal (otra forma de vinculación con las masas), los distintos “frentes populares”, “independientes” y “revolucionarios” de distintas entidades: Durango, Chihuahua y ciudades como Monterrey, o regiones o las tendencias partidarias a ellos vinculadas, o grupos nucleados en torno de publicaciones como *El Rebelde*, “órgano de los trabajadores del Sureste” y *La Causa del Pueblo*; organismos campesinos como la Alianza Campesina Revolucionaria, que en una conferencia política nacional efectuada en 1979 decidió fusionarse con el FPR y constituir el Movimiento Comunista Revolucionario. De esta sucesión han heredado buena parte de sus cuadros y sus bases la Comisión Organizadora del Movimiento Revolucionario del Pueblo, que rescató el nombre tan caro de *La Causa del Pueblo* para su órgano periodístico; el intento no muy logrado de unificación que se ensayó en 1978 con la Coordinadora Línea de Masas (COLIMA); la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas (OIR-LM) resultado de la fusión apenas en 1981, de los varias veces mencionados antiguos espartaquistas del Ho Chi Minh, “la agrupación política proveniente de Política Popular” vinculada a los frentes de Monterrey y Durango y el Movimiento Obrero Campesino Estudiantil Revolucionario (MOCER)

¹⁹ Por ejemplo los folletos “Así fue la lucha del primero de mayo”, s.f., “La explotación” y “Lo que dice Lenin sobre la estructura orgánica y los métodos de edificación de un partido ilegal”, s.p.i.

de Zacatecas. Si, como en un mapa hidrográfico, observamos las distintas trayectorias, aquí encontramos las raíces del equipo de líderes que constituyeron el grupo Línea Proletaria y de una de las corrientes fundadoras del Movimiento Sindical Revolucionario, en el que los editores de *La Unidad y Unificación Proletaria*, así como su vástago rebelde “Organización Comunista Proletaria”, arrancando de planteamientos diferentes, hicieron similares recorridos.

Se trata de un haz de grupos que conforman un sector de la nueva izquierda mexicana articulado en una triple frontera cuyas líneas divisorias podrían ser los remotos orígenes de un maoísmo ya muy desdibujado, un populismo con similitudes a un movimiento “nativista” y las que señalan los organismos que irrumpen del propio proceso de masas y que aquellos grupos privilegian, diluyéndose en su seno.

En este sector viene madurando y haciendo su aprendizaje —ya no libresco sino en los comités ejecutivos de importantes sindicatos o en organizaciones realmente representativas— toda una hornada de nuevos dirigentes. Una franja que está rompiendo, alejándose, difuminando el *imprimatur* pekinés (o bolchevista, o lo que sea) y deviniendo en un movimiento nativo, indígena, es decir, mexicano. Para nosotros es el caso —que mencionamos por ser el más claro, pero no el único— de la corriente que empezó a configurarse apenas en 1977, como Línea Proletaria y arribando al Comité Ejecutivo de la Sección 147 del sindicato de los mineros y metalúrgicos y luego al Comité Ejecutivo Nacional del sindicato de los telefonistas ha venido ramificándose a otras secciones del minero, como la 288, de la planta dos de Altos Hornos de México, en el mismo Monclova, la 271 de las Truchas y asediando la 67 en Monterrey; extendiéndose a la Sección VII del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, en Chiapas, etcétera. Es una franja que dejó de ser grupuscular cuando sus líderes descubrieron la piedra filosofal que por décadas buscaron afanosos los grupúsculos; es decir, que cursando aquella experiencia descubrieron que la clave del éxito estaba basada en una mezcla (de cuyas dosis se reservan el secreto) de economicismo, moderación en el anties-tatismo, flexibilidad en la negociación, anticharrismo que sabe el momento del repliegue y culto a la espontaneidad, antes tan severamente criticado por los ortodoxos como un gran pecado, y han logrado plataformas implícitas o pequeños programas mínimos (exitosas revisiones salariales, eficaces luchas por demandas departamentales) fuertemente orientadas hacia todas las quejas, insatisfacciones inmediatas locales y/o regionales.

En el fondo, cuando grupos como Línea Proletaria se desprendieron de sus orígenes y fueron pasando a un discurso posibilista, aliancista, de respeto a las instituciones, de reformulación de la “alianza

histórica” con el Estado (lo que los colocaba ante un doble frente: por un lado sus antiguos correligionarios, por otro el acoso de los charros y la empresa) o una práctica economicista, combinada con un discurso radical (elementos que no son incompatibles si éste se usa sólo en los momentos de cargar presión) solamente estaban recorriendo por sí mismos el mismo camino, el mismo aprendizaje práctico de los dirigentes históricos de la clase obrera de este país; pero eso es otro asunto.

V

Que los grupos o líderes socialistas son acogidos por el movimiento obrero y si desean permanecer en ese ámbito devienen en prácticas moderadas y discursos posibilistas, como nos lo muestra la metamorfosis de los “nativistas”, ello sólo se verifica en los estratos consolidados, estables y/o más antiguos. Hay otros partidos que insistieron (e insisten) en el discurso trepidante y también encuentran audiencias y adictos: será en las capas más jóvenes —en el sentido individual y colectivo—, o las más desvalidas de la pequeña industria incapacitada para otorgar concesiones y aun las prestaciones legalmente establecidas, o las que apenas están en proceso de formación, de reciente tránsito de la condición rural o en lugares donde la radicalización estudiantil permea toda la atmósfera y crea particulares condiciones que les son propicias, como el sindicalismo universitario, en donde la OIR-LM y sus aliados ya les disputan cerradamente los comités ejecutivos a los pesumistas. Pero no sólo en tales franjas. Ya hablábamos, al principio, de su convergencia con el movimiento campesino o con el de los posesionarios donde la política del *bulldozer* ha empujado al establecimiento de un esquema “invasión-peligro inminente de desalojo-concertación de alianzas o inscripción en los grupos dispuestos a asumir este tipo de compromisos”, ciñéndose al cual se constituyó el FPI y siguen surgiendo otros como el Frente Nacional Democrático Popular (FNDP).

La fundación del FPI a finales de 1973 es una de las expresiones más claras de la ambigüedad, o mejor, de la forma como se entreveraban los organismos de masas con los grupos “propartidarios” o “partidarios”. En el informe al respecto, publicado en su periódico, se puntualiza cómo en la Escuela Nacional de Arquitectura —que recién estrenaba autogobierno— se efectuó la Primera Asamblea Popular del Distrito Federal, con miras a constituir un frente popular similar a los

que venían surgiendo en otros lugares. Los asistentes fueron los integrantes de la todavía llamada Unión de Colonos Iztacalco e Iztapalapa, Zona Expropiada, Asociación Civil; el grupo recién separado del Movimiento Restaurador de Colonos de Ciudad Netzahualcóyotl, que pasaban a la “huelga de pagos”, una parte del Comité de Lucha de la Jaramillo de Morelos y alguna organización campesina que omitimos por abreviar, así como diversos grupos de activistas de escuelas universitarias.²⁰ Hay una confusión entre militantes, simpatizantes, adherentes e incluso simples invitados, lo que no obsta para que la flamante organización proclame como sus objetivos “destruir el gobierno de los ricos e imponer uno auténticamente popular [...] dirigido por obreros, campesinos y demás clases explotadas”.²¹ Sin duda estas ambigüedades, aquí, son lo de menos: estamos ante la forma accidental o anecdótica de cómo se realizaba el encuentro inevitable entre el discurso radical y un contingente que, por sus insatisfacciones y rencores contra el Estado, lo acogía “naturalmente”. Por eso, cuando prevalecen las “soluciones” de los Uruchurtu, de los Hank, los Figueroa en Acapulco, los Martínez Domínguez en Nuevo León o los Toledo Corro en Sinaloa, cuya contextura los hace indiferentes a los costos políticos de sus medidas, el fenómeno sigue ocurriendo. El Frente Nacional Democrático Popular que dirige el ex rector oaxaqueño Martínez Soriano exhibe también la doble naturaleza que hemos indicado. Entre sus integrantes aparecen colonias como la José López Portillo, del Distrito Federal, cuyo sólo nombre delata la infructuosa búsqueda de protección oficial que nunca encontró, o la Rubén Jaramillo de Uruapan, Michoacán. Son contingentes cuya desesperanza se expresa casi en el mismo lenguaje de los campesinos agraristas. En la entrada de la 2 de Octubre, antes de que fuera incendiada y desmantelada había un cartel que decía: “Nuestras casas o nuestras tumbas.” El líder de la Ricardo Flores Magón explicaba a los periodistas por qué, tres días después de desalojados de un lugar en Iztapalapa, volvían a posesionarse del predio: “Solamente muertos nos sacan de aquí. Estas tierras son nuestras porque las compramos.”²²

20 “Primera Asamblea Popular, un paso más para la unidad del pueblo”, en *Frente popular*, núm.2, enero de 1974.

21 *Ibid.*

22 *unomásuno*, 11 de marzo de 1981.

VI

La izquierda radical se distingue por mantener un conjunto de planteamientos tan característicos que se antoja pensar que ese núcleo de ideas (y no los grupos o los dirigentes que las asumen o las abandonan) es el verdadero protagonista del drama. Es un discurso tan atractivo para ciertas secciones de los militantes que incluso atraviesa las filas de otros partidos socialistas, algunos de los cuales —el PCM de los años de la ilegalidad o incluso del XVI Congreso, por ejemplo— estuvieron inscritos en sus parámetros.

Probablemente estas ideas tienen como eje central la convicción de la inminencia de la revolución, de que la hora del “asalto final a la fortaleza capitalista” está muy próxima. Se formulan ya sea como análisis de las premisas económicas que fundamentan ese resultado: “el capitalismo agonizante”, o “putrefacto”,²³ “el sistema capitalista se desmorona”,²⁴ “la ruina total del capitalismo mundial está próxima”,²⁵ “las contradicciones del sistema ya son insolubles”; o se plantean directamente como necesaria culminación de un ascenso de masas que se califica como incontenible: la ruptura de la fracción trotskista leninista con la Liga Obrera Marxista “no puede explicarse y analizarse más que en el contexto actual de la situación de la lucha de clases, del período que estamos viviendo y que hemos caracterizado como de ‘inminencia de la revolución’ ”.²⁶ “Trabajadores, campesinos, colonos y estudiantes están entrando en choque contra los intereses de la gran burguesía [...] el pueblo ya no aguanta más esta situación de angustia, explotación y miseria [...] la lucha avanzará y será incontenible.”²⁷ “José López Portillo trata en vano de convencer a las fuerzas burguesas y proimperialistas de que ‘hay que ceder un poco’ y ‘cambiar la fachada’ del régimen para detener o mediatizar la imponente revolución popular que avanza a pasos agigantados en todo el país [...]”²⁸

Son típicos del leninismo de los últimos años los planteamientos de “la revolución mundial en puerta” y la rotunda convicción de que “la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente ase-

²³ *Frente Popular*, núm. 4, septiembre de 1974.

²⁴ *El Insurgente*, sin núm., marzo de 1973.

²⁵ Partido de la Clase Obrera Mexicana, “El programa de los comunistas en México”, México, 1972, mimeo.

²⁶ *Frente Obrero*, tribuna del Frente Único de clase. Impulsado por la fracción trotskista-leninista de la LOM, año 1, núm. 1 marzo de 1976.

²⁷ *Compañero*, Naucalpan, Edo. de México, año 1, núm. 2, noviembre de 1973.

²⁸ *Lucha Obrero Popular*, año 11, núm. 7, enero de 1976.

gurada” (Lenin, 1961, t. III: 806), optimismo que probablemente comparten todas las corrientes socialistas; pero, en esta vertiente se expresa como encendida visión apocalíptica que los lleva a la promesa mil veces reiterada de la cercanía de la sociedad de la libertad y la justicia y que ha de resultar muy atractiva a sus audiencias ubicadas en aquellos sectores tan depauperados. Para mantener viva esta visión han creado todo un estilo de interpretar la vida política pleno de anunciaciones, casi “confirmaciones” de las citas de los textos sagrados sobre la inminencia de la tierra prometida. Todas las luchas, por pequeñas que sean, por evidente que sea lo limitado de sus direcciones o de su carácter de negociadoras de mejores condiciones de la venta de la fuerza de trabajo, son “preludio” de la “lucha final”, “decisiva”. Su prensa, sus documentos, sus desplegados destilan una densa atmósfera de augurios, presagios, anunciaciones. “Se avecina una profunda conmoción política en México, una oleada de movimientos que será el preludio de algo más grandioso y definitivo: la Revolución.”²⁹ Los dirigentes de las huelgas de Naucalpan les decían a los obreros: “cientos de luchas obreras estallan actualmente en todo el territorio nacional. Combates intensos y heroicos se avecinan”.³⁰ Hasta los profesores de la CNTE, en las movilizaciones que señalamos, se retiraban de la ciudad de México anunciando: “Todo esto presagia que el auge continuará [...] es anuncio de nuevas oleadas cuantitativa y cualitativamente superiores.”³¹

Devorados por la impaciencia, les son profundamente repulsivos los planteamientos de “acumulación de fuerzas”, “tareas previas”, “avances parciales”, atenuantes, paliativos o soluciones de compromiso. En su lógica son vistos como inadmisibles pretensiones de retrasar un deselance en el que la situación objetiva misma está desembocando.

La interpretación compartida por todos los marxistas sobre las relaciones entre el poder político y el poder económico es defendida por ellos en su forma más directa: la situación se encuentra en tal nivel, que las fuerzas sociales y políticas antagónicas están totalmente polarizadas. En uno de sus documentos más importantes, examinando la coyuntura electoral de 1976, el FPI decía

Este gran movimiento que se desarrolla en nuestro país es el ámbito de lucha, de guerra y no de paz, en que la burguesía desarrolla su proceso electoral [...] para poder detener este ascenso de la lu-

²⁹ Partido de la Clase Obrera Mexicana, *op.cit.*

³⁰ *Frente Popular*; entre 1974 y 1975 contiene abundante información y documentos sobre las huelgas de Naucalpan.

³¹ Desplegado del CCL del Valle de México, *unomásuno*, 6 de febrero de 1981.

cha y organización de las masas ha utilizado el último recurso que tiene, es decir, acabar a sangre, fuego y cárcel [...]³²

Son pequeñas variaciones de una concepción que desde los años sesenta había defendido la LCE: "el carácter cada vez más reaccionario del Estado mexicano". Unos hablan de que la burguesía está desesperada en su intento de seguir manteniendo su dominación.³³ Otros de que "el gobierno burgués mexicano a pesar de su demagogia [...] viene agudizando su política de negación de los elementales derechos del pueblo y aumentando su política represiva. A los obreros los mantiene controlados mediante el charrismo y cuando deciden luchar por sus demandas, utiliza todos sus recursos [...]" etcétera.³⁴ "Los profesores luchan por desembarazarse del control gansteril que ejerce sobre ellos el Estado a través de los charros del SNTE y toda su estructura, al igual que todos los obreros del país luchan por sacudirse el control charro de la CTM y el CT. En todo este período el gobierno, los charros y en general todo el Estado se muestra como lo que es: representante y defensor del capital."³⁵ Es una visión maniquea que les impide ver mediaciones, incluso contradicciones. Quienes han seguido las luchas de la CNTE saben que con frecuencia se expresaron contradicciones entre sectores de la burocracia política y el grupo llamado Vanguardia, que funcionarios de la SEP, de Gobernación o gobernadores como los de Puebla e Hidalgo han actuado a favor de una solución política y negociada al conflicto, que incluso el propio licenciado De la Madrid hizo durante su gira, en varias ocasiones, pronunciamientos urgiendo en el mismo sentido. Estas realidades escapan a su percepción. Protagonistas, testigos y beneficiarios ellos mismos de tales contradicciones, en sus documentos registran estos sucesos como simples expresiones de que los charros son "agentes, empleados o instrumentos que reciben órdenes del gobierno".³⁶

En la divergencia entre la representación que se hacen de la agudeza de las contradicciones sociales y la realidad misma se encuentra la explicación de las tácticas que propugnan. En las huelgas de Naucalpan los trabajadores formulaban peticiones elementales que, en general, sólo aspiraban a obtener condiciones de trabajo a las que el proletariado consolidado ha arribado hace décadas. Los huelguistas de Panaviación sólo demandaban pago de salarios retenidos, aumento de

32 *Posición del Frente Popular Independiente acerca de la presente coyuntura electoral*, México, 1975, p. 3., mimeo.

33 Frente Nacional Democrático Popular, *Manifiesto*, 1981.

34 Consejo General de Colonias Populares de Acapulco "Tierra y Libertad" s. f.

35 Frente Magisterial, volante, febrero de 1981.

36 Desplegados del CCL del Valle de México en *unomásuno*, 2 y 23 de febrero de 1981.

éste, reinstalación de los despedidos e inscripción en el IMSS, sin embargo la alucinada interpretación del FPI sobre este movimiento es que los “une el deseo de liberarnos del yugo que forman capitalistas y Estado”.³⁷ La creencia de que se vivía ya un período cataclísmico es la explicación de sus llamadas a tensar las fuerzas en la espera de la generalización de la situación revolucionaria:

Compañero de Duramil —decía el Frente Popular Revolucionario— los ojos de los obreros de Naucalpan están puestos en el desarrollo de esta lucha. Hagamos de esta huelga una expresión de coraje y combatividad de la clase obrera y del pueblo contra sus enemigos [...] ¡Actuemos con firmeza y combatividad! ¡hasta conseguir la victoria de la huelga! ¡Avancemos hasta instaurar la dictadura democrática-popular de obreros y campesinos!³⁸

Pero igual que otras, ésta había estallado también por el aumento salarial y por la reinstalación de 60 trabajadores eventuales separados por vencimiento de su contrato.³⁹ Lo mismo en el caso de los “heroicos” trabajadores de Lido, S. A., Texturizados: apenas 85 obreros a los que se les estimulaba presentándolos como el “símbolo” de “la lucha de todos los obreros de Naucalpan y del país, en contra de toda la clase patronal”.⁴⁰ “Los obreros de Lido hemos entendido cuál es el precio de nuestra lucha y estamos dispuestos a llevarla hasta el final aunque se nos encarcele o se nos asesine porque sabemos que no habrá cárceles suficientes para [...] todo un pueblo que lucha por su libertad.”⁴¹

Como es fácil advertir, el discurso de la izquierda radical también tiene entre sus ingredientes una actitud que muestra desdén ante las derrotas, todas son “transitorias”, “parciales”, “pequeñas”: no alteran el desenlace que está asegurado de antemano. Su balance de la huelga en Upjohn, tres meses después del segundo desalojo de las guardias por el ejército, concluye con estas frases: “¡Se pierden batallas pero nuestra victoria será definitiva!”⁴² A veces hasta se adopta una actitud festiva. Ante la derrota en General Electric, que achacaban al “inmovilismo” de grupos como La Unidad y la Cooperativa de Cine Marginal que le dieron una “orientación peticionista” y la “aislaron, en la medida que se oponían desesperadamente a la alianza con el Frente Popular”, señalan: “estamos claros que esta derrota es só-

37 *Frente Popular*, núm. 9, *cit.*

38 Frente Popular Revolucionario, “Huelga en Duramil”, 1975.

39 Peláez y Solís (1975), incluye abundante documentación sobre varias de estas huelgas.

40 *Frente Popular*, núm. 14, marzo de 1976.

41 *Ibid.*

42 *Frente Popular*, núm. 4, *cit.*

lo temporal y parcial, el triunfo definitivo será nuestro! ¡la huelga ha sido rota, que viva la huelga!”⁴³

Peor aún, en ocasiones las derrotas son presentadas como positivas, pues desnudan al enemigo e incrementan la indignación: “Podrán seguir rompiendo huelgas como sucedió en General Electric, Spicer, Lido, Duramil, Dixon y ahora Morganite del Caribe, pero lo único que están haciendo es levantar cada vez más la indignación de todos los obreros” y aun la represión politiza: “nos hacen ver que las leyes únicamente están al servicio de los patrones, que es la clase que está en el poder y que el Estado es únicamente su servidor”.⁴⁴ En eventos similares dicen: “Esta represión lejos de detenernos va templando nuestro espíritu de lucha y preparándonos para las grandes batallas.”⁴⁵ Ya en este plan apologético, el Partido de la Clase Obrera Mexicana explicaba también su derrota en la Universidad de Chapingo, al intervenir el ejército en 1976:

la derrota es el complemento dialéctico de la victoria [...] muchas veces las masas aprenden más de una lucha firme, consecuente y de principios aunque sufra una derrota temporal, que en mil victorias obtenidas a costa de sacrificar los principios y la consecuencia revolucionarios [...] una derrota en lo inmediato, si se salvaguardan los principios y la consecuencia revolucionaria, puede significar que se asegure una victoria total y fulgurante en el terreno estratégico.⁴⁶

Aunque en los hechos sólo han encontrado audiencias campesinas, lumpenmarginales o estudiantiles pues es fácil concluir que su encuentro con el movimiento obrero es fugaz, su discurso insiste en señalar como uno de sus rasgos definitorios frente a los reformistas, “la reivindicación del proletariado como fuerza principal y centro fundamental del trabajo de los revolucionarios comunistas” (Cabrera, 1981). De este modo sufren, igual que la otra parte de los grupos marxistas, la trágica antinomia entre la representación que se hacen del proletariado, como sujeto de la revolución que quieren, y el comportamiento real de éste. Mientras que la mayoría le dará vueltas al asunto hablando de “enajenación”, “sujeción a la ideología de la Revolución mexicana”, etcétera, la izquierda radical no se tortura: ellos y sus bases marginales, campesinas o estudiantiles, son la clase obrera. Borraron de su diccionario de sociología los conceptos de “lumpen”, “lumpenproletariado”, etcétera. Y los lugares que en los años sesenta se llamaban “cinturones de miseria”, “ciudades perdidas”, etcétera

⁴³ *Lucha Obrero Popular*, año 1, núm. 1, noviembre de 1974.

⁴⁴ *Frente Popular*, núm. 13, enero de 1976.

⁴⁵ *Lucha Obrero Popular*, núm. 7, *cit.*

⁴⁶ *El Organizador Socialista*, año V, núm. 53, diciembre de 1976.

fueron revalorizados como bastiones del “proletariado revolucionario”. Naturalmente, para que “la clase obrera” pueda cumplir el papel que tiene prestablecido en los textos sagrados, siempre aparece en el discurso de la izquierda radical en proceso de depauperación creciente. Marx habla de la “explotación” de la fuerza de trabajo, ellos de la “superexplotación”. Sus métodos particulares de lucha son “los métodos de la clase obrera”. Explicaban los estudiantes que tomaron las embajadas de India y Guatemala en marzo de 1981: “La ocupación de las embajadas no es más que otra de las medidas a las que los obreros y campesinos han tenido que recurrir ya que sus exigencias siempre han encontrado como respuesta el secuestro, el asesinato y la represión masiva.”⁴⁷

Tal vez por esa razón —la de sentirse hablando siempre desde tal perspectiva— su actitud ante los otros grupos y a veces consigo mismos —de sus filas están segregando constantemente a los que no cumplen con los mínimos exigibles— es de extrema severidad. El FPR, por ejemplo, siempre se refería a los dirigentes del sindicalismo universitario en la UNAM como los “neocharros”, calificaban como “traidora y mediatizadora” la conducta del FAT que “manifiestan su carácter de charros de nuevo tipo”. Hablaban de la “tradicional izquierda ultrarrevisionista: PCM, MAUS, etcétera”. Del FNAP decían que en él “se unifican los trotskistas de todo tipo con los reformistas y revisionistas de nuevo tipo” y, en general, su actitud quedaba expresada en su divisa en las marchas: “Adelante, adelante, adelante comunistas/ A un lado, a un lado, a un lado reformistas!”*

⁴⁷ *unomásuno*, 17 de marzo de 1981.

* Una versión de este artículo fue publicado en *Nexos*, núm. 68, agosto de 1983.

Bibliografía

- Cabrera, Guillermo: (1981), "La nueva izquierda comunista latinoamericana y las exigencias del mundo actual", en *Teoría y política*, núm. 3, México, enero-marzo.
- Lenin, V. I.: (1961), *Obras Escogidas*, Moscú, Progreso.
- Partido del Trabajo de Albania: (s.f.), *Reflexiones sobre China; La división del movimiento comunista internacional. Diferencias de principio entre el PCCH y el PCUS. (Antología básica)*, México, Estrella Roja.
- Peláez, Gerardo e Iván García Solís: (1975), *1974 el movimiento obrero y sindical*, México, ECP.
- Quintana, Sergio: (1970), "El pensamiento de Mao Tsé-tung y la situación del maoísmo en México", en *Cuadernos Revolucionarios*, núm. 1, México, noviembre.
- Robles, Rosario: (1981), "La Coordinadora Nacional Plan de Ayala. Notas sobre un proletariado sin cabeza", en *Teoría Política*, número 3, México, enero-marzo.
- Tocaven, Roberto: (1979), "La educación des-activa", en *Caos*, número 2, julio.